

vea amenazada a vivir eternamente en la precariedad, e incluso llegar a la pobreza porque los sistemas de servicios sociales han saltado por los aires.

Como consecuencia, nos encontramos con una generalizada desconfianza a las instituciones europeas. Instituciones que otrora eran vistas como entes supranacionales que traerían la paz y el desarrollo europeo ante un contexto internacional cambiante. Ahora se ven, y con razón, como herramientas al servicio del capital financiero. Como instituciones llenas de burócratas corruptos que cuestan dinero al contribuyente y que su acción política se encamina más hacia los intereses de los distintos lobbies empresariales que en los intereses de la población a la que dicen servir.

Unas instituciones europeas que, en especial con la unión monetaria, se convirtieron en el cortijo del Deutsche Bank a través del BCE y del gobierno alemán en las distintas comisiones europeas. La gente no es idiota y ha visto de forma palpable que su pérdida de soberanía era puesta en manos de los intereses del capital financiero. El caso de Grecia ha sido paradigmático para comprobar que la “nueva” izquierda surgida en el sur de Europa no puede o no quiere un movimiento que rompa con la lógica impuesta por el BCE o el FMI.

¿Y qué ha hecho la izquierda socialdemócrata europea al respecto? Pues en lo económico aplicar las mismas recetas neoliberales de la derecha. Apostar por un europeísmo que a estas alturas ya se sabe que nada tiene que ver con la solidaridad entre los pueblos.

Pero para más inri, como veían la creciente desafección de la población hacia el proyecto europeo, han empezado a bañar sus discursos de un nacionalismo caduco que nada tiene que ver con la tradición histórica de la izquierda. La defensa (entusiasta diría yo) de la cuestión nacional no puede ser más antagónica a la de la solidaridad fraternal de la clase obrera que predicaron los padres de las distintas familias socialistas.

«La defensa de la cuestión nacional no puede ser más antagónica a la de la solidaridad fraternal de la clase obrera»

Aquí entramos de lleno en la segunda causa que hablaba más arriba. Me refiero al abandono del internacionalismo por parte de la izquierda; y no me refiero únicamente a la izquierda socialdemócrata parlamentaria, si no que desde posturas de izquierda más radical se han abrazado banderas poniendo en el centro de su política la cuestión nacional, provocando en muchos casos alianzas contra natura.

Todos los politólogos consideran que el inicio de la

I Guerra Mundial solo pudo llevarse a cabo con la derrota ideológica del internacionalismo. Después, se le dio definitiva sepultura con el llamamiento al sentimiento nacional en las luchas antimperialistas de la descolonización iniciadas por movimientos socialistas, reflejadas en la frase de Fidel Castro “patria o muerte”.

Como último factor he incluido a los movimientos migratorios sur-norte. Este fenómeno también está muy ligado al de la globalización. Las grandes multinacionales productivas y extractivas, apoyadas por la excesiva libertad de flujos de capital, vieron en el proceso globalizador una oportunidad de esclavizar (sí, he dicho bien) a grandes masas obreras del tercer mundo, donde las guerras, grupos paramilitares financiados por multinacionales o gobiernos títeres provocaron el asentamiento de un nuevo imperialismo que muestra en dichos países su cara más despiadada y salvaje.

«Las grandes multinacionales productivas y extractivas vieron en el proceso globalizador una oportunidad de esclavizar a grandes masas obreras del tercer mundo»

Obviamente estas circunstancias de miseria, esclavitud y guerra han llevado a miles de personas a huir de sus países de origen. Circunstancia que también ha sido aprovechada por las élites occidentales. A esta población emigrante se les estigmatiza haciéndoles culpables de las duras condiciones impuestas por la crisis, se les presenta como competidores tanto de puestos de trabajo como de las cada vez más escasas ayudas sociales y servicios públicos, dentro de un Estado que crece en burocracia y disminuye en servicios. Todo ello aderezado con la amenaza de la infiltración de elementos terroristas, cuando realmente estamos comprobando que la mayoría de los atentados terroristas acaecidos en Europa por islamistas, son de personas nacidas en Europa pero apartados en guetos debido a las nulas políticas de integración.

Esta estigmatización es caldo de cultivo para postulados xenófobos, que a su vez ayuda a la explotación de la población emigrante al anular las redes de solidaridad por parte de la sociedad que acoge.

En definitiva, he esbozado unas posibles causas de este resurgir de partidos de ultraderecha, que ya no vamos a ver con camisetas azules ni negras, ni tampoco harán desfiles en Nuremberg. Es un nuevo fascismo, un fascismo que no causa estupor porque en definitiva todo el espectro político europeo ha ido cambiando su brújula hacia la derecha normalizando su discurso. ¿O soy el único que ve pocas diferencias entre Pablo Casado y Santiago Abascal?